

La segunda parte del volumen contiene las recensiones de libros y la nómina de libros recibidos (pp. 547-633).

El volumen se cierra con el informe sobre el año académico 2011-2012 del Studium Biblicum Franciscanum. En este volumen aparece también un índice de los años 1981-2011.

Como en los años precedentes, el *Liber Annuus* testimonia la vitalidad siempre creciente del Studium Biblicum Franciscanum de Jerusalén.

LUIS HERIBERTO RIVAS

PABLO ANDIÑACH, *Introducción hermenéutica al Antiguo Testamento*. Estella, Verbo Divino, 2012, pp. 587.

El libro consta de siete secciones correspondientes a: I. La perspectiva hermenéutica (pp. 31- 44); II. El Antiguo Testamento o la Biblia hebrea (pp. 45-58); III. El Pentateuco (pp. 59-157); IV. Libros históricos (pp. 159-243); V. Libros proféticos (pp. 245-398); VI. Libros sapienciales (pp. 399-485); y VII. Libros apócrifos y deuterocanónicos (pp. 487-573). Además incluye como apéndices una tabla cronológica (pp. 577-578), un glosario (pp. 579-583) y dos mapas (pp. 586-587). Cada capítulo culmina con una bibliografía de entre 5 y 25 títulos, la mayoría en español o inglés.

La primera sección es la más novedosa, por cuanto aclara qué quiere decir el autor con una «introducción hermenéutica», como reza el título del libro. Los elementos teóricos fundamentales de una perspectiva hermenéutica de los textos bíblicos (el círculo hermenéutico; la lectura como producción de sentido; el «detrás», el «texto en sí mismo» y el «delante» del texto como dimensiones interrelacionadas, etc.) no son desconocidos en América Latina (ni en otras zonas del mundo), al menos entre quienes practicamos una lectura crítica de los mismos. Lo que es valioso es la explicitación de dicha lectura. Porque, en realidad, nadie puede escribir (ni leer) asépticamente, como si no tuviera una determinada mirada, procediera de una situación específica y leyera desde allí. La elección de los temas que han de incluirse en una introducción, así como la mayor o menor apertura a posiciones diversas sobre esos temas, son decisiones que cada autor debe hacer; y, si las hace conscientemente, tanto mejor para sí mismo y su público interlocutor. Por eso creo que es un acierto incluir una sección sobre hermenéutica en una introducción a la Biblia (en este caso, al Antiguo Testamento, AT).

La segunda sección discute las diferentes versiones de lo que solemos llamar «AT», las traducciones más antiguas (al arameo, griego, latín, etc.) y los distintos cánones, aun entre diferentes Iglesias.

Las secciones dedicadas a cada uno de los grandes bloques del AT comienzan con una nota introductoria a esta antes de discutir cada libro que lo compone. La correspondiente al Pentateuco es considerablemente más larga que las demás (20 pp. contra 3 en cada una de las otras secciones). No quiero especular sobre las razones del autor, aunque me puedo imaginar al menos dos. Por un lado, toda la crítica bíblica de los documentos/fuentes (yahvista, elohísta, deuteronomista y sacerdotal) en el Pentateuco ha dado lugar a una amplísima bibliografía, además de mover la discusión hacia lo histórico-crítico (comenzando con Wellhausen y Gunkel) y más allá, a medida que la teoría ha ido sufriendo subsiguientes modificaciones. Otra razón posible para dedicarle tanto más espacio que a las otras secciones es la importancia de la Torá para el judaísmo, incluyendo el Nuevo Testamento.

La sección correspondiente a los libros históricos comienza con una introducción a las dos «historias», la deuteronomística y la del cronista. La clasificación de los libros incluidos en los históricos no sigue el orden de ninguna Biblia (en las versiones en español, Josué, Jueces, Rut, Samuel, Reyes, Crónicas, Esdras, Nehemías, Ester). La Biblia hebrea incluye Josué, Jueces, Samuel y Reyes como profetas anteriores, mientras que Esdras, Nehemías y Crónicas cierran todo el canon, al final de los Escritos. Por lo tanto, también hay modificaciones en los libros llamados sapienciales o los Escritos (especialmente en la ubicación de Rut, Ester y Lamentaciones). Esto puede sorprender a algún lector o lectora desprevenido, pero responde a la división de los materiales veterotestamentarios como se enseñan en muchas universidades y seminarios, donde los contenidos y la forma literaria (por ejemplo de Ester como novela posexílica) priman sobre la ubicación tradicional como «libro histórico». Todo esto es explicado en distintos lugares de la *Introducción hermenéutica al Antiguo Testamento*, en especial al comienzo del capítulo dedicado a dichos libros bíblicos.

En la sección sobre los libros proféticos, lo más destacable es la discusión sobre si los doce profetas llamados «menores» (de Oseas a Malaquías) forman uno solo o sendos libros. Esta es una discusión vieja como la misma Biblia (no es una expresión coloquial, sino lo que refleja su ubicación en las distintas versiones y la mención en Ben Sirá), pero que ha resurgido en los últimos años cuando algunos estudios han vuelto a enfocar en el sentido de que formen un solo libro «de los Doce». El capítulo sobre

Isaías incorpora la propuesta de un Cuarto Isaías (redactor de todo el libro), que ya fundamentara J. Severino Croatto hace unos años.

Finalmente, la última sección estudia los libros llamados deuterocanónicos y apócrifos, que, por no ser parte del canon de nuestras Iglesias, son poco conocidos, pero que son muy importantes para entender mejor la literatura de la diáspora y la historia de la identidad del pueblo de Dios y de la interpretación bíblica.

*La Introducción hermenéutica al Antiguo Testamento* de Andiñach se inscribe en la línea de las introducciones socio-literarias, donde los elementos históricos (autoría, posible fecha y lugar de composición, eventos que narra o a que alude un texto o libro) son importantes, pero no más importantes que los elementos literarios de una obra (en especial la integridad redaccional y la estructuración de los textos) y los indicios sociológicos, incluidas tensiones entre distintas facciones o clases sociales, elementos liberadores y otros.

Al considerar su autor que la última lectura y redacción de los textos bíblicos es teológica, da herramientas para que la comunidad lectora elabore su propia teología a partir de los textos. Este nos parece su punto más fuerte. A veces, sin embargo, es difícil discernir en qué se diferencia una introducción hermenéutica de un análisis narratológico (véase, por ejemplo, en p. 75, la discusión sobre la teología del Pentateuco y la existencia de documentos previos, donde la discusión gira en torno a leer el libro como una totalidad).

Para aquellas personas acostumbradas a las introducciones tradicionales o amantes del orden, esta revisora advierte: ¡cuidado con el índice del libro! El orden de las secciones y capítulos es el correcto. Sin embargo, prácticamente no hay dos secciones que contengan los mismos subtítulos. Y cuando contienen un mismo elemento (por ejemplo, su estructura literaria), esta no aparecerá en el mismo orden ni con el mismo título que en otra sección. Para tomar un solo ejemplo, Nahún incluye «7.1. La ciudad maldita», «7.2. Estructura literaria», «7.3. Temas y relaciones literarias» y «7.4. La teología de Nahún y pautas hermenéuticas», mientras Ageo incluye «10.1. Estructura literaria y dinámica del texto», «10.2. Claves hermenéuticas» y «10.3. Teología del libro de Ageo». Sin embargo, los textos fluyen y ese desorden no se percibe en la lectura de un determinado capítulo.

Finalmente, una teóloga feminista como quien suscribe no puede sino lamentar que la *Introducción hermenéutica al Antiguo Testamento* no tome en consideración de un modo más sistemático las cuestiones de «género» (comenzando por un uso de lenguaje más inclusivo que «el lector»). No me refiero a los textos más evidentes, como el de Débora, Judit, Rut

o el Cantar de los Cantares, donde sí hay un reconocimiento de los aportes de dichas mujeres, así como de la reticencia patriarcal a reconocerlas: «Dada la tendencia a omitir el papel de las mujeres en las narraciones bíblicas, esta mención de Débora y Yael sugiere que hubo más liderazgo femenino del que quedó registrado en los textos» (p. 183). Como expresa muy bien Andiñach en el capítulo inicial, como toda lectura es hermenéutica y es afectada por –y al mismo tiempo afecta a– «el lector» en su situación particular, no hay situación general que pueda ser compartida por cualquier comunidad ni por todos los individuos dentro de una comunidad que lea el texto. De ahí la importancia de reconocer una diversidad de situaciones sociales, incluidas las de «género». No es lo mismo el lector de la ciudad que la lectora del campo; el adolescente que la joven transexual, la anciana que el pastor o el sacerdote, la universitaria ibérica que el aborigen andino, y así sucesivamente. Una mayor consideración a las diversidades sociales, culturales y de «género» del público al que llega la *Introducción hermenéutica* le habría dado un condimento extra, ya que todo creyente –hombre o mujer– busca en las Escrituras una imagen que lo reafirme, como si de un espejo se tratara.

En suma, el libro tiene mucho por lo cual merece ser recomendado.

MERCEDES L. GARCÍA BACHMANN